

ELOGIO DEL TRADUCTOR

Carmen ESCUÍN GUINEA

IEES Severo Ochoa, Tánger, Marruecos

Sin traductores sería una ignorante. No hubiera conocido a Simbad, ni aprendido con Catulo que el amor es inconstante. Nunca hubiera viajado a esa Alejandría de Kavafis por donde asoman Forster y Mahfouz. Habitaría una realidad pequeña y plana, un mundo cercenado.

A los traductores les debo muchas vidas y mi devoción por algunas novelas. Quizá también la manía visceral que les tengo a otras; y, con certeza, un recelo atávico que me desorienta pero aún no me arrastra al desvarío: ¿Qué *cantidad* de Austen he tenido al leer *Orgullo y prejuicio* (Cátedra, 1987)? Y el ritmo de *Las olas*, tan conmovedor, ¿corresponde al original o a Andrés Bosch, el traductor del ejemplar que ahora ojeo (Bruguera, 1986)? ¿"[...] pues encontraremos / fuerza en el recuerdo", "Porque la belleza siempre subsiste en el recuerdo", "Strength in what remains behind; / In the primal sympathy" (W. Wordsworth, *Oda X, Los signos de la inmortalidad*, 1981)? ¿Qué versión castellana es mejor? ¿Cuál desencadena la melancolía?

Una vez le oí decir a Carme Riera que al traducirse del catalán se reescribe (ver, por ejemplo, *Dins el darrer blau* (Destino 1994) y *En el último azul* (Círculo de Lectores 1997) y parece cierto. Por eso creo que el traductor propone una pelea entre la fuerza del texto original y su pasión por la palabra.

Una tarde, hace ya algún tiempo, oí por la radio que estaba a punto de publicarse en castellano **La insostenible ligereza del ser*. Unos meses más tarde me compré *La insoportable levedad del ser* (Tusquets 1987). Era la misma novela, pero el título definitivo me sugería exasperación y fragilidad.

Y es que leer libros que vienen de otras lenguas tiene mucho de aventura y perplejidad. Para este comienzo de novela muy conocido –"The past is a foreign country: they do things differently there"– rastreo en mi biblioteca dos traducciones: "El pasado es un país extranjero donde las cosas se hacen de modo diferente" y "El pasado es un lugar extraño, allí hacen las cosas de otra forma" (Pre-Textos 2004).

No sé si se ajusta mejor al original *el lugar extraño* o *el país extranjero*. Más vasto y turbador el *país extranjero*; más desconcertante el *lugar extraño*. ¿Cuál de los dos? Ambos me gustan porque colman de imágenes la memoria. "De otra forma" propone azares, pero "de manera diferente" sugiere descubrimientos.

Aunque, en fin, tanta elucubración no me aclara las dudas: ¿Será que las rarezas del lector y el gusto de los traductores interfieren en el texto?

Me definiendo en pocas lenguas y, a pesar de ello, me vence la imprudencia de corregir a casi todos. No; a *Fortunata y Jacinta* Galdós no le pongo reparos, ni a mi admirado Ángel Vázquez; en cambio me atrevo –en traducción, por supuesto– con *Ana Karenina* (Cátedra 1999) o *Llámalo sueño* (Alfaguara 1990). ¡“[F]amilias dichosas”!... pues yo aquí hubiera preferido “*felices*”, “Sin padre, casi sin madre, con patines”, sí, *con patines* es la felicidad. Pero, aun entre tanto dislate, soy consciente de las dificultades de transferir ritmos y sonidos. Qué distinto “Hoy ha muerto mamá” (variante: “Hoy murió mamá”) (Planeta 2006 u Orbis 1988) y “Aujourd’hui maman est morte” (Folio 1971). Y con “Lolita, light of my life, fire of my loins. My sin, my soul. Lo-lee-ta: *the tip of the tongue taking a trip of three seeps down the palate to tap, at three, on the teeth. Lo. Lee. Ta*”. Juego junto a la nínfula. Lo confronto con, “Lolita, luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Mi pecado, mi alma. Lo-li-ta: *la punta de la lengua emprende un viaje de tres pasos desde el borde del paladar para apoyarse, en el tercero, en el borde de los dientes. Lo.Li.Ta*”, que es una mera descripción y me lamento: ¡una lástima!: sin traductor nunca hubiera leído esta novela; pero es la aliteración perdida la que me permite apropiármela, gustarla.

Y todavía otras dudas ¿tenemos que confiar siempre en los traductores o a veces nos cuelan olvidos y mojigatería que destruyen el texto (esa misma *Lolita*, traducida por Enrique Tejedor (Grijalbo 1975). ¿Es que los lectores unas veces nos dejamos arrebatar por la palabra y otras, nos sentimos propietarios de una obra que es y no es la del autor? Y ¿qué ocurre si comparo la traducción de un poema a varias lenguas? “[...] est la preuve que l’autre moitié / de ton vers de poésie / a été écrite d’avance / à l’intérieur des bulles / de ce verre froid / écumant / vide” y “[...] sería una prueba de que la segunda mitad / de tu verso está escrito / en las burbujas de este vaso espumoso” (Mehdi Akhrif, *Gaviota de polvo*, 2008). ¡Parecen poemas distintos!; pero una lectura aislada, me devuelve la tersura del texto.

A lo largo de los años han aparecido nuevas ediciones de los libros “que alguna vez amé”, pero me aferro a mis primeros encuentros, como queriendo guardar con él aquella fascinación, la huella de la juventud. El comienzo de *Historia de dos ciudades*, para mí siempre será: “Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura: la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas”; hace unos meses me compré la edición de Alianza (2007) y me encontré con que “Era el mejor de los tiempos y el peor; la edad de la sabiduría y de la tontería; la época de la fe y la época de la incredulidad; la estación de la Luz y la de las Tinieblas...” Seguramente es más precisa la segunda traducción; pero leerla me ahuyentó: *esto* no era mi *Historia de dos* (¿o en dos?) *ciudades*. En esas viejas traducciones, como digo, he aprendido y los textos se han convertido en mis poemas, mis novelas. Les guardo fidelidad. Y a sus traductores: cuando leí *Rojo y Negro* y *Crónicas italianas* me enamoré de Stendhal. ¿De verdad me enamoré de Stendhal? Porque siempre he preferido la traducción de Consuelo Berges al original. Será otro vicio de juventud.

Sumida en conjeturas y apegada a las versiones, varias versiones o sólo la primera que conocí, agradezco a sus traductores que me hayan ligado a la vida; y me emociona su dedicación. Los respeto. Porque me gustan los libros; y también por miedo. No sea que un día me encuentre con un comienzo de *Madame Bovary* como el que me ha regalado hoy mi traductor automático de Google: “Estábamos en el estudio, cuando el director entró, seguido por un nuevo vestidos de paisano y un niño de clase, la

realización de un amplio escritorio. Los que estaban durmiendo se despertó, y todo el mundo se levantó como sorprendido por su trabajo.

El director indicó que nosotros nos sentemos entonces se volvió hacia el Maestro:

- Sir Roger, “él dijo en voz baja, aquí es un alumno que le recomiendo a usted, que viene en quinto lugar. Si su trabajo y conducta son satisfactorios, se en las grandes, Que se convierte de su edad”. (Sic a todo, en http://bovary.univ-rouen.fr/roman_visuep.php?rep=001#001+ traductor de google).

INTRODUCTION IN PRAISE OF THE TRANSLATOR

Carmen ESCUÍN GUINEA

IEES Severo Ochoa, Tánger, Marruecos

Without translators I would be ignorant. I would never have met Sinbad, nor would I have learned along with Catullus that love is fickle. I would never have traveled to the Alexandria of Cavafy where Forster and Mahfouz walk the streets. I would inhabit a reduced, flat reality, a shrunken world.

I owe many lives and my devotion to several novels to translators. In addition, perhaps the visceral aversion to others, and, without doubt, an atavistic mistrust that disorients me but that does not yet sweep me into delirium: What a “dose” of Austen I had after reading *Pride and Prejudice* in a Spanish translation (Cátedra, 1987). And the rhythm of *The Waves*, which was so moving. Is it the original or is it due to Andrés Bosch, the Spanish translator of the novel I have in my hands (Bruguera, 1986)? And what of Wordsworth’s *Intimations of Immortality*? Which Spanish translation is best? Which one reflects the melancholy?

I once heard Carme Riera say that when translating herself to Catalan she rewrites herself [see, for example, *Dins el darrer blau* (Destino 1994) and *En el ultimo azul* (Círculo de Lectores 1997)] and it appears to be true. Therefore, I believe translators propose a battle between the force of the original text

and their passion for words.

One afternoon some time ago I heard on the radio that *The Unbearable Lightness of Being* was about to be published in Spanish. A few months later I bought *The Intolerable Lightness of Being, La insoportable levedad del ser* in Spanish (Tusquets 1987). It was the same novel, but the title in Spanish definitely did not suggest exasperation and fragility.

Reading books in other languages is adventurous and perplexing at the same time. For the beginning of this well-known novel, “The past is a foreign country: they do things differently there,” I come up with two translations in my library: “The past is a foreign country where things are done in a different manner” and “The past is a strange place, there they do things in another way” (PreTextos 2004).

I don’t know which is more faithful to the original: “the strange place” or “a foreign country.” “Foreign country” connotes expanse and something disturbing while a “strange place” is more disconcerting. Which one of the two? I like both because they fill the memory with images. “In another way” implies chance, but “in a different manner” suggests discovery.

Although, after all is said and done, all this lucubration has not cleared up my doubts: Could it be that the peculiarities of the reader and the taste of the translators interfere with the text?

I don't speak many languages, but in spite of that, I can't control the temptation to correct nearly all of them. No, not *Fortunata y Jacinta* by Galdós. I have no complaints. Nor do I have any concerning my admired Ángel Vázquez. On the other hand I would dare to correct – in translation, of course– *Anna Karenina* (Cátedra 1999), or *Call it Sleep* (Alfaguara 1990). “Fortunate families”! Here I would have preferred “happy.” “Without a father, almost without a mother, with skates.” Yes, *with skates* is happiness. But, even with such nonsense, I am aware of the difficulties of transferring rhythms and sounds. How different “Today mama has died” [variant: “Today mama died” (Planeta 2006 and Orbis 1988) and “Aujourd’hui mama nest morte” (Folio 1971)]. And with “Lolita, light of my life, fire of my loins. My sin, my soul. Lo-lee-ta: *the tip of my tongue taking a trip of three seeps down the palate to tap, at three, on the teeth. Lo. Lee. Ta.*” A game with the nymphet. I compare it to, “Lolita, luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Mi pecado, mi alma. Lo-li-ta: la punta de la lengua emprede un viaje de tres pasos desde el borde del paladar para apoyarse, en el tercero, en el borde de los dientes. Lo. Li. Ta,” which is merely description and I cry out: What a pity! Without a translator I would never have read this novel, but it is the lost alliteration that causes me to make it mine, to enjoy it.

And there remain doubts. Should we always trust translators, or do they sometimes slip in oversights and sanctimoniousness that destroy the text [see *Lolita*, translated to Spanish by Enrique Tejedor (Grijalbo 1976)]? As readers do we sometimes allow ourselves to be carried away by the word and at other times to feel we own a work that does and does not belong to the author? And what happens if I compare the translation of a poem to various languages? “[...] est la prevue que l’autre moitié/de ton vers de poésie/a été écrite d’avance /á l’intérieur de bulles / de ce verre froid/écumant/vide” and “[...] sería una prueba de que la segunda mitad / de tu verso está escrito / en las burbujas de este vaso espumoso” (Mehdi Akhrif, *Gaviota de polvo*, 2008). They seem like two different poems! However, but a quick scan reveals the smoothness of the text.

Over the years new editions of books that “I once loved” have appeared, but I remain faithful to my first encounters, as if to hold fast to that original fascination, the traces of youth. The beginning of *A Tale of Two Cities* will always be for me: “It was the best of times, it was the worst of times, the age of wisdom, and also of madness: the age of belief and of incredulity; the age of light and of darkness.” A few months ago I bought another Spanish translation of Alianza (2007) and read the following: “It was the best of times and the worst; the age of wisdom and of foolishness; the age of faith and the age of incredulity; the season of Light and of Darkness...” The second translation is probably the more precise, but when I read it, it put me off: **this** was not my *Tale of two* (or divided by two?) *Cities*. From those old texts, as I’ve noted, I have learned and the texts have become my poems, my novels. I’m faithful to them. And to their translators: when I read *Red and Black* and *Italian Chronicles* I fell in love with Stendhal. Because I have always preferred the translation of Consuelo Berges to the original. It must be yet another indulgence of my youth.

Submerged in conjecture and attached to the versions, various versions or simply to the first one I read, I’m grateful to the translators that have bound them to my life. I’m moved by their dedication. I respect them. Because I like books, and also due to fear. I rue the day I come upon a translation of the beginning of *Madame Bovary* such as the one provided by Google’s automatic translator today: “We were in the study, when the director entered, followed by a new one, both dressed in plain clothes and a

boy from class, the fulfillment of a large desk. Those who was asleep woke up, and everybody got up surprised by its work.

The director indicated for us to sit down then he turned toward the teacher: “Sir Roger,” he whispered, “here is the student I recommend to you, who comes in fifth place. If his work and conduct are satisfactory, be it in big. May he become in his age.”

Translated by Larry Belcher
University of Valladolid